

jas de los arbolillos plantados delante del hotel murmuraban inacabables cuchicheos; en Oriente, venciendo los resplandores del sol moribundo, aparecía el lucero vespertino, Venus, brillando suspendido de la inmensidad del vacío, con una majestad de lámpara sideral: a lo lejos resonaban voces de arrieros, ladridos y alegres relinchos de caballo que volvían del trabajo presintiendo la proximidad de la cuadra.

Claudio se apoyó sobre el antepecho de la azotea, y sus miradas, después de recorrer el horizonte, se dilataron por el espacio, satisfaciendo esa necesidad que experimentan los vecinos de las grandes capitales condenados a ver los retazos de cielo recortados por los aleros de las casas. Sus miradas divagaron por aquel vacío infinito y su pensamiento sólo voló hasta Venus, la estrella del Pastor, cuya aparición servía a los antiguos enamorados para fijar la hora de sus citas: allá titilaba, a millares de leguas, fascinándole con su misterioso resplandor; y viéndola pensaba en Napoleón, a quien Sirio, la estrella más brillante del hemisferio austral, pareció revelar, con sus intraducibles parpadeos, las desiertas latitudes de Santa Elena. Su distracción fué corta; pero en aquella brevísima fracción de tiempo su fantasía volteó a través de la inmensidad, recorriendo cuatrillones de leguas; se acordó de Córdoba, de sus ansias de gloria... y de pronto comprendió la inutilidad de la fama, puesto que el nombre del mismo Homero no transcendería fuera de la Tierra, partícula infinitesimal de la creación. ¡No, Erostrato no hubiera quemado el templo de Diana si antes se hubiese acordado de mirar al cielo...!

Aquello fué un chispazo de rabia, un humorismo de artista perturbado por la sed de inmor-

talidad y de ideales nuevos. De pronto oyó la voz de Pablo Estrada, que decía:

—Estos terrenos son muy buenos y estoy contentísimo de haber comprado este hotel; me costó veinticinco mil pesetas, y seguramente, dentro de diez años, valdrá doble.

Claudio Antúnez le miró, sin comprenderle.

—Ahora hemos suscrito varios vecinos una solicitud para que nos traigan hasta aquí la luz eléctrica... ¿No le parece a usted bien...?

Esta pregunta calofrió a Claudio derribándole desde Venus hasta el hotel de Pablo Estrada; era la materia, que le encadenaba al mundo tirándole por los pies. Matilde le miraba, escudriñándole la conciencia con los ojos.

—Sigamos—dijo—: aun he de presentarle a mi madre.

Entraron en la alcoba abriendo después la puerta que comunicaba con la sala. Las persianas del salón estaban corridas y la obscuridad era completa.

—Entra tú, que conoces la colocación de los muebles—exclamó Matilde, dirigiéndose a Estrada—, y abre las ventanas.

El se adelantó lentamente, extendiendo los brazos.

—Tenemos la costumbre de cerrar las hojas de madera—dijo—para impedir que la luz detiore el delicado color de la sillería...

Punto-Negro se volvió rápidamente hacia Claudio, murmurando:

—Dame un beso.

Antúnez la miró estupefacto, diciendo con los ojos que allí era imposible.

—Sí, aquí: anda.

Se puso de puntillas para acortar su boca de la de su amante, estirando los labios, arqueando las cejas... Claudio, cediendo a las seducciones

de la oferta, inclinó el cuerpo, y sus rostros se juntaron en un beso rapidísimo; pero se lo habían dado allí, en la alcoba de Pablo: era un beso vengador.

—Es una habitación muy hermosa — exclamó Claudio, entrando en la sala—; ¿suelen ustedes dar reuniones?

—No, señor — repuso Estrada—. ¿Para qué?... Esta quería, pero yo jamás he sentido necesidad de recibir visitas que no siempre son agradables: prefiero la soledad, y a mis años... mejor vivo así.

A Matilde Landaluce le apenaba aquel salón desierto y oscuro, donde pensó encerrar un eco del mundo alegre para distraerse, y se apresuró a salir. Abrió otra puerta y penetró en la alcoba de su madre, seguida del pintor. Estrada quedó en el salón, cerrando las ventanas para evitar que la luz deteriorase el color de los muebles.

—Te presento, mamá, al señor Antúnez; un artista muy notable, que desde mañana vendrá todos los días a trabajar en mi retrato.

Claudio vió a una anciana sentada junto al balcón, con un libro en las rodillas: representaba sesenta años, era alta y gruesa, con todo el pelo blanco; los años no la habían podido afejar la esbeltez del busto ni la regularidad de las facciones; la nariz era fina y aguileña, los ojos grandes y platicadores, la boca sumida por la falta de dientes; debió de ser hermosa en sus mocedades, con esa guapeza sanota de las vizcaínas.

Recibió a Claudio con una breve sonrisa forzada, y Antúnez advirtió que los penetrantes ojos de doña Carolina le examinaban con ese descoco peculiar de los viejos: era una mirada hostil, que parecía protestar de su visita y echarle a la calle.

Cuando salieron de la alcoba y bajaron al recibimiento, Estrada y Antúnez fueron a ver la huerta; Matilde no quiso acompañarles y salió al jardín. Después oyó los pasos de Juliana, que se acercaba.

—¿Se fué ese caballero, señorita?...—preguntó la mulata.

—No, está por ahí dentro; en la huerta.

—Es muy guapo.

Matilde se encogió de hombros.

—Sí, sí;—prosiguió Juliana—ya lo creo... y muy amable; ¡vaya!... y muy guapo...

—Sí—repuso la joven suspirando—, no es feo.

Reaparecieron Pablo Estrada y el pintor, y Matilde procuró componer su habitual carilla de risa.

—¿Qué le parece a usted la huerta?

—¡Ah, deliciosa!... Y si usted vive encantada con su hotelito, don Pablo tiene motivos para estar entontecido con su huerta.

—A ésta no la seduce la agricultura—dijo Estrada—; pero yo, como trabajo...

Aun estuvieron largo rato hablando de albañiques y de perales, de conejos y de gallinas, y al fin se despidieron, prometiendo Antúnez regresar a la tarde siguiente para empezar el retrato. Atravesó la explanada sin atreverse a volver la cabeza; pero al descender el repecho para salir a la carretera, miró hacia atrás y vió a Punto-Negro, que desde la azotea de su alcoba le decía adiós, agitando un pañuelo.

Al otro día la joven fué a sorprenderle al estudio.

—¡Esto es una imprudencia, monigote!—exclamó Claudio enfadado.

Ella saltó a su cuello.

—Perdona, tontín; pude hacer una escapatoria y vengo a verte. Chico, ¡qué bien!... He orde-

nado a mi gente que si ibas antes que yo, te ajesen que esperaras, y para ayudarles a digerir la mentira cometí la villanía de murmurar de ti, diciendo: «¡Cuidado que ese hombre es importante; venir hoy, precisamente el día en que necesito ir a Madrid!...» Mi madre se ha quedado bufando; pero, por mí, que bufe...

Claudio se había sentado en el diván, acomodando a Matilde sobre sus rodillas.

—En fin, verás — continuó ella —: después de vestirme bajé al despacho, con el aplomo de una viudita independiente. Allí estaba mi marido, escribiendo cartas, como siempre; qué hombre más... ¡Uy, no sé cómo llamarle!... parece un memorialista. Al sentirme, levantó la cabeza. —¿Te vas? — Sí, voy a Madrid. ¿Con este calor? — ¡Qué quieres!... No hay chocolate y el postre de la cena todavía está en la tienda. — Pero, mujer. — Pero, marido... Con que abur, si viene el señor Antúnez le dices que tenga la bondad de esperarme; en seguida vuelvo.

—Vete con la Virgen... Alargó el pescuezo, pidiéndome un beso, ¿sabes? pero fingí no apercibirme de la maniobra y di media vuelta; él se quedaría pensando: ¡qué torpe es mi esposa! no comprende los deseos de su maridito; después afirman que las mujeres son listas... ¡Je, je!... ¡tiene la mar de gracia, chico!... Ya conoces su modo de hablar: lo hace mal, por demás, como diría tu patrona, doña... ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí: doña Teresa!... Una patrona chica, gorda y parlanchina por demás...

—¡Qué bonita eres, y qué graciosa, y qué pelos tan largos te puso el Diablo en la trenza. Punto-Negro!...

—Escucha ahora la segunda parte de la sinfonía doméstica que voy relatando. Mi madre estaba cosiendo en el comedor; cuando me vió, se

puso lívida; yo creí que iba a comerme con los ojos. —¿Dónde vas?—A Madrid. —¿A estas horas?—Ya lo ves. —¿Lo sabe Pablo?—Es natural que lo sepa. —¿Y no ha dicho nada?—Nada. Yo estaba viéndola venir, ¿eh?... porque se comprendía que los demonios se la llevaban. Pero mi madre tiene un genio muy violento y no sabe contenerse. De repente estalló: ¡pum, allá va eso!... Mira, mamá—dije yo entonces—, no te amontones así; para reñir no es necesario gritar. Sí, respondía, estás burlándote de mí, y vas a quitarme la vida a disgustos... y ¡pum, purrumpum!... Chico, la Biblia de impropiedades... Yo la oí con mucha cachaza, y cuando se la acabó el resuello — dije tranquilamente —: Vaya, ¿has concluido ya?... pues, hasta luego... Di media vuelta y eché a correr. Corría, chico, corría como si Lucifer me llevase, creyendo que iban a sujetarme por detrás...

Se había tendido en el diván y reía nerviosamente, provocando a Claudio... Luego quedó postrada de fatiga, sin acordarse de arreglar el desorden de sus faldas levantadas.

—Eres un loco impenitente — exclamó; y aun dicen que el arte dulcifica los caracteres. Ya, ya... En fin, niño mío, van a dar las cuatro y me voy; en cuanto llegue a casa, pregunto: ¿Ha venido el pintor?—No, me dirán—. ¡Jesús, qué hombre!... si lo sé no me apresuro tanto: estoy condenada a ser juguete de todo el mundo. Es diplomático enfadarme mucho, porque viéndome irritada, mi gente se amansa. ¡Chico, hay que saber vivir!... Bien: después subo a mi cuarto a desnudarme, y cuando esté concluyendo, ¡tilín, tilín! llegas tú. Lo demás cae por su peso... Ea, dame un beso... ¡Diantre, no sé qué sortilegio encierran tus labios que jamás me canso de besarlos!...

Ya había apoyado su manecita en el picaporte de la puerta, cuando se volvió.

—Dos palabras—dijo—; ¿qué te pareció ayer mi marido?

—Lo que sigue pareciéndome hoy: una vulgaridad muy grande.

—¡Oh! chico, qué prosaico es... Yo prefiero un hombre de mundo, aunque sea feo y viejo y tuerto y patizambo y pobre... a un Adonis millonario, que coma con los codos sobre la mesa y no se limpie los labios antes de beber... No comprendo cómo un hombre así ha podido enriquecerse.

—¡Toma!... alguien dijo que el talento es un estorbo para ganar dinero.

—¿De veras?... Pues tiene la mar de gracia: parece que lo dijeron pensando en mi marido. Ea, abur...

Salió, deseando recobrar el tiempo perdido; Claudio se asomó al hueco de la escalera, viéndola marchar; ella bajaba de prisa, con el pañolito de encaje entre los dientes, saludando con una mano y sin levatar la cabeza, para no pisarse las faldas.

Cuando Antúnez llegó al hotel de Matilde, Pablo Estrada salió a recibirle: hubo grandes vacilaciones acerca del sitio que debían elegir para trabajar, y al fin acordaron que la habitación de doña Carolina era la más a propósito.

Claudio puso el caballete junto a la ventana: Matilde ocupó un banquillo sin respaldo, para obligarse a tener el busto rígido; Estrada se paseaba de un lado a otro, los brazos cruzados a la espalda; a ratos se detenía para ver la obra de Claudio, y después reanudaba su continuo ir y venir, deleitándose con aquel taconeo monótono y adormecedor.

Aquella sesión inaugural duró más de dos ho-

ras, y cuando Matilde se acercó al lienzo deseosa de inspeccionar la obra de su amante, quedó prendada de ella.

Era una silueta rapidísima, trazada con magistral gallardía. Claudio la dibujó sin vacilaciones; tenía la imagen de Punto-Negro tan presente, estaba tan acostumbrado a representársela y la había retratado tantas veces en la mesa del café, maquinalmente, mientras meditaba asuntos para nuevos cuadros, que apenas necesitó mirarla y la dibujó de memoria, como si aquella silueta fuese una concepción suya.

—Lo más difícil ya está hecho — dijo Antúnez — este boceto tiene lo que podríamos llamar el aire de familia, o el ángel de la persona; algo inexplicable, resultado del color de los ojos y de su modo de mirar, de la forma de la boca y de su manera de reír, de las cualidades físicas y morales, en suma del modelo. Ese ángel es lo que más difícilmente se traslada al lienzo, porque es a modo de sutilísimo vapor, que no depende rigurosamente de la forma ni del colorido.

Claudio Antúnez iba a trabajar todas las tardes y a la misma hora, con una regularidad que jamás tuvo para ningún acto de su vida; insensiblemente, Pablo Estrada fué aficionándose a su trato y deponiendo su actitud huraña; la misma doña Carolina parecía más amable, y poco a poco el hotel fué para Claudio un estudio donde se pasaban las horas agradablemente.

Estrada, que solía colocarse detrás del pintor para verle trabajar sin molestarle, decía:

—Pero, hombre, ¡usted pinta de memoria a mi mujer!

—No necesito mirar — respondía Antúnez distraído —, la llevo aquí dentro.

Cuando Pablo se cansaba de observar se iba silenciosamente, a largos pasos; entonces Ma-

tilde miraba a todas partes y ya convencida de que no había peligro, se acercaba a Claudio sigilosamente; éste alargaba el cuello para besarla antes y recibía un beso silencioso, sorbido, que le robaba el aire de la boca.

—No me beses así —decía—, me das deseos de morder.

—Chist, habla más bajito... y toma, toma otros dos...

Y volvía a besarle de aquel modo extraño, que no satisface; sorbiendo, cual si quisiese arrebatarse el alma en cada beso.

—¡Punto-Negro, me enloqueces! — murmuraba Claudio, apretando los dientes.

—Chico, ¡qué bien...!

El retrato de Matildita Landaluce dió al amor de Antúnez notable incremento; pensaba en ella continuamente, y trabajaba con un ahinco de artista pobre. Esta labor continua mantenía los nervios de su poderoso cerebro en perpetua tensión; pintaba con el anhelo de satisfacer los compromisos contraídos, mas apenas concluía un trabajo, se le presentaba otro, todos se los pagaban a buen precio, y la labor se prolongaba siempre.

Al anochecer salía de su estudio con el semblante descolorido, los ojos brillantados por la fiebre de la concepción y las ojeras abultadas, y acudía a la tertulia que sus amigos, Roberto Alcalá, Juanito Romero y otros, formaban en la Carrera de San Jerónimo, al aire libre. Esta calle es para los madrileños lo que el Coso para los romanos: un punto de cita al que acuden continuamente mujeres que quieren ser vistas y hombres desocupados que hacen del arte de enamorar una profesión. Aquellos momentos eran para Claudio Antúnez de grato solaz. Satisfecho de hallarse entre sus compañeros, hablaba con

aquella voz metálica de orador de barricadas, que dominaba el sordo rumor de los coches rodando sobre el piso entarugado de la calle; refiriendo anécdotas, ridiculizando a los amigos ausentes, desnudando con una frase a las mujeres que pasaban.

Entonces el pintor y el amante desaparecían, no se acordaba ni de su querida ni de sus cuadros, y sólo quedaba el hombre soltero y sin preocupaciones, dispuesto a ir con su dinero y su buen humor a donde sus camaradas quisieran llevarle.

Después de cenar visitaba a Amparito Guillén, única sombra que entenebrece el alegre programa de su vida diaria.

En aquellas noches de verano, Amparo y el pintor se sentaban en el balcón, el uno muy cerca del otro, de espaldas a la calle, con los semblantes bañados por la luz del quinqué, que lucía colgado en medio de la habitación. Claudio tenía que iniciar conversaciones, porque ella no acertaba a inventar ninguna, y esto representaba para Antúnez un trabajo inmenso. Cuando iba alegre, Amparo, con sus ñoñeces, le ponía de mal humor: siempre le decía lo mismo y con idénticas inflexiones de voz.

—¿Has venido ya? — eran sus primeras palabras.

—Sí, niña, ya he venido.

O replicaba, bromeando:

—No, aun no he llegado; pero espero llegar con toda felicidad de un momento a otro.

—Anda, tonto.

Y se echaba a reír. Después decía:

—¿Has trabajado mucho hoy...?

—Muchísimo; he adornado la cabeza de Leovigildo con una cabellera rubia que quita el conocimiento.

—Pero, hijo mío; ¿para qué trabajas tanto?
—Muchacha, y si no trabajo, ¿de qué vamos a vivir?

—¡Qué lástima...! Pues, mira... no trabajes.

—¿Y quién iba a mantenernos?

—Nadie... ¿yo qué sé...?

Hacía con los labios y las cejas un gesto indefinible, y reía con risa de tonta. Luego exclamaba, razonando, consigo misma:

—Pobrecito, ¡cuánto trabaja!...

Le cogía una mano y se la estrechaba efusivamente. Claudio Antúnez encendía un cigarrillo y se ponía a fumar, pensado en Matilde.

—¿Te sientes mal?—preguntaba Amparo.

—No, estoy perfectamente.

—¿Por qué te pones así?

—¿Cómo?

—Con el ceño fruncido... No pienses, hijo; yo no quiero que pienses nunca... ¡Tanto pensar...! ¿No te cansas...?

Pasado un buen rato, preguntaba:

—¿Me quieres mucho...?

—Vaya, muchísimo...

Ella hacía un gesto; el mismo gesto de cuando le aconsejaba que viviese sin pensar, y respondía:

—¡Qué bueno es quererse así...!

Amparo, a pesar de su lozana juventud, tenía lo que el pueblo llama *el ángel espantado*; le faltaba la divinidad, la gracia que cautiva, el imán seductor de los ingenios despiertos; era un baile sin música, una ensalada sin aliño. En aquellas soporíferas veladas, Claudio examinaba la extraña psicología de su prometida, esforzándose en penetrar los pensamientos que había tras aquellos ojos, que siempre le miraban con una inalterable expresión de ternura. Antúnez, fatigado de verla tan callada, decía:

—¿En qué piensas?

—En ti.

—Y ¿por qué no me dices algo?

—No sé: ¿qué quieres que diga?

—Pero, ¿me amas...?

—Con toda mi alma.

Claudio Antúnez estaba perplejo; ¿sería tan grande el corazón de aquella niña que los sentimientos en él encerrados no rebosaban jamás? ¿O sería el suyo un amor incoloro como la ciencia del burro, que según el gitano del cuento, sabía leer, pero no podía pronunciar...?

Matilde le hacía reír, o desesperarse: la amaba por bonita, por graciosa, por discreta; y recordando las seducciones de su querida, ¡cuán monótono le parecía aquel otro amor, cuya dulce cantinela Amparito Guillén no sabía repetir! La pasión de Punto-Negro tenía un fuego infernal que le torturaba; pero la de Amparo era la pasión del niño cándido que no sabe querer, o del anciano decrepito que chochea, y cuyos afectos tibios recuerdan los plácidos amores de la infancia: era un cariño sin esas alternativas que enardecen el corazón, una tonadilla sin variaciones, una llanura sin árboles que quiebran la abrumadora uniformidad del horizonte.

Claudio había procurado romper en diversas ocasiones los lazos que le sujetaban a Amparito; pero no lo consiguió, porque la blandura de su corazón quebrantó las decisiones de la voluntad: en la joven, la amante había anulado el amor propio de la mujer, y accedía a todo, consintiéndole que tuviese queridas con tal de que no dejase de ir a verla.

Una vez Claudio preguntó, echando una sonda en aquel espíritu tranquilo:

—¿Deseas casarte pronto?

—No sé—repuso ella—; yo, teniéndote a mi lado, soy feliz...

Y no dijo más, como si aquella ignorancia que ostentaba a todo propósito, fuese su más estimable virtud.

Los hilos que componen la red de la vida están confundidos en espantosa maraña, y Antúnez procuraba inútilmente desenredarlos. Matilde Landaluce, a quien adoraba, era de otro hombre, y Amparo Guillén, a quien no quería, iba a ser suya: y Claudio hubiese aceptado resignado esta brutal imposición del Destino, si hubiera podido infiltrar en el carácter de su futura consorte aquella alegría carnavalesca y desbordante de su in-sustituible Punto-Negro.

IX

Mientras Claudio Antúnez se hastiaba en Madrid, porque sus amigos no le distraían y un indiferentismo de sajón enfermo iba consumiéndole, Matilde gemía de tedio reclusa en su hotel.

Punto-Negro tenía dos temperamentos. Para Claudio era la querida viciosa, originalísima, inagotable, que reía siempre, cual si llevase al dios Momo en las entrañas; picaresca, y soboncita como un diablillo juguetón en la media noche de un sábado, apasionada como una argelina, supersticiosa como una gitana, alegre y risotera como una bandurria. Tras este carácter había otro distinto, que sólo empleaba con su marido, ante el cual aparecía indiferente, silenciosa, irónica, con una ironía mordaz, casi agresiva; era un espíritu y dos temperamentos, el dios Jano de los antiguos transformado en mujer.

La ceremoniosa delicadeza de Pablo la desesperaba. En las relaciones amorosas, el respeto

del hombre suele agradar a la mujer, pero pronto la fastidia, pues comprende que sus atractivos no le enloquecen. Estrada siempre era el indiano frío y vulgar, apocado y esquivo, de antaño, en cuya cabeza las ideas estaban alineadas como las palabras en los Diccionarios; interesado y suspicaz, como un prestamista judío; y metódico, como Salvaney, aquel inglés que viviendo en Florencia hacía que le replanchasen las camisas en Londres, para no renunciar a sus antiguas costumbres. En sus ratos de buen humor experimentaba una especie de germinación sentimental que le ponía sobre un nivel ordinario: deseos vagos de desquitar el tiempo perdido amando mucho, convirtiéndose en juventud el ocaso de su existencia; un remordimiento parecido al que sufren las mujeres que llegaron a viejas sin el recuerdo de un desliz, convencidas de que el mundo concluyó para ellas y de la inutilidad de su austera virtud: era una mezcla afectiva, en donde la pasión carnal y el interés desfiguraban el verdadero sentimiento amoroso, convirtiéndolo en una pasioncilla híbrida y rastrera de mercachifle metalizado, acostumbrado desde niño a reducir el corazón a números.

Matilde, fastidiada, se retraía procurando aburrir a su marido con inquebrantable fosquedad, y conquistar, ya que no su pretérita independencia de viuda, un puesto de hermana menor que la librara de las odiosas intimidades matrimoniales. Se ha dicho que el primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca; un juguete más, un sentimiento que fluctúa entre la niñez que acaba y la adolescencia que empieza, y a esto podría agregarse, que la última pasión es el postrer estertor de una juventud agonizante. El corazón se agarra a ella desesperado, no queriendo renunciar a una esperanza que aun le